

## PREFACIO

EN el curso de mis viajes por Australia, y especialmente después de mi llegada á la parte septentrional del río Herbert, al norte de Queensland, pronto advertí que me sería imposible ir en busca de ejemplares zoológicos sin contar antes con la ayuda de los nativos del país. Por más de un año, pues, pasé la mayor parte del tiempo en compañía de los negros caníbales de aquella región, acampando y cazando con ellos; y durante ese período aventurero, me llegaron á interesar tanto los pueblos primitivos, que desde entonces se ha convertido en objeto de mi vida el estudio de las razas bárbaras y salvajes.

La primera vez que concebí la idea de hacer una expedición á México, fue durante una estancia en Londres en 1887. Yo naturalmente, como todos, había oído hablar de las admirables cavernas habitadas, situadas al S.O. de los Estados Unidos; de pueblos enteros constituídos en cavernas en las cuestas de empinadas montañas, á donde en muchos casos es sólo posible llegar por medio de escaleras. Dentro del territorio de los Estados Unidos no quedaban, de seguro, supervivientes de la raza que alguna vez habitó aquellas moradas; pero se dice que cuando los españoles descubrieron y conquistaron aquel territorio, encontraron cavernas ocupadas aún. ¿No podría suceder que algunos descendientes de ese pueblo existiesen todavía en la parte N.O. de México, tan poco explorada hasta el presente?

Resolvíme entonces á buscar la respuesta á esta pregunta y á emprender una expedición en aquella parte del continente americano. Pero mi propósito no se realizó hasta 1890, que visité los Estados Unidos durante una excursión para dar lecturas públicas. Al exponer el asunto á algunas prominentes personas de ambos sexos, me encontré con la mejor disposición de su parte; y una vez despierto el interés para tal empresa, pronto quedaron vencidos obstáculos y dificultades.

La mayor parte del dinero necesario se obtuvo por suscripción privada. Con todo, la parte principal de los fondos, la proporcionó un amigo mío que ha muerto ya, un caballero americano cuyo nombre me veo obligado á omitir, por disposición suya. El Museo Americano de Historia Natural y la Sociedad Geográfica Americana de Nueva York contribuyeron cada cual con mil pesos, y quedó decidido que viajaría yo bajo los auspicios de esas dos sabias instituciones. Muchas sociedades científicas me acogieron también del modo más cordial.

El Gobierno de Washington me proveyó pronto de los documentos oficiales que necesitaba. El difunto Mr. James G. Blaine, entonces Secretario de Estado, hizo cuanto estuvo de su parte para allanarme el viaje á México, manifestando vivísimo interés en mis proyectos.

En el verano de 1890, por vía de preparación, visité á los indios zuñis, navajos y moquis, y proseguí luego hacia la ciudad de México para obtener las autorizaciones necesarias de aquel gobierno. Fui recibido con la mayor cortesía por el Presidente de aquella República, General Porfirio Díaz, quien me concedió una hora de audiencia en el Palacio Nacional, y también por varios miembros de su Gabinete, cuyas apreciaciones sobre la importancia y valor científico

de mi proyecto fueron verdaderamente gratulatorias. Obtenido todo lo que necesitaba para el éxito de mi expedición (libre introducción de mi equipage por la Aduana, el privilegio de una escolta, siempre que la considerase necesaria, y numerosas cartas de presentación para personas distinguidas del norte de México, en posición de ayudar á mis planes), volví á toda prisa á los Estados Unidos para organizar mi empresa. Era mi propósito entrar por algún punto conveniente del Estado de Sonora, en la grande y misteriosa cadena de montañas llamada la Sierra Madre, cruzarla en las famosas ruinas de Casas Grandes, del Estado de Chihuahua, y explorar en seguida la cordillera hacia el sur, en toda la extensión que me lo permitieran mis recursos.

La Sierra Madre occidental puede considerarse como continuación de las Montañas Rocallosas, y avanza, por gran parte de México, hacia la América del Centro y la del Sur, como un eslabón de cordilleras, que forman una cadena prácticamente sin interrupción, desde el estrecho de Bering hasta el cabo de Hornos. La sección que ocupa en el N.O. de México se llama Sierra Madre del Norte, y presenta amplio campo para la exploración científica, que hasta el día casi no se ha llevado á efecto.

La porción más septentrional de la Sierra Madre del Norte ha permanecido desde tiempo inmemorial bajo el dominio de las tribus salvajes de apaches, que han estado siempre contra todos, y todos contra ellos. Hasta que el General Crook, en 1883, no redujo á esos peligrosos nómades á la sumisión, no fué posible hacer allí investigaciones científicas; y quedan, de hecho, todavía pequeñas bandas de "hombres de los bosques"; por lo que mi comitiva tenía que ser suficientemente fuerte para afrontar cualquiera dificultad con ellos.

Como mi expedición, por ser la primera, gozaría de las ventajas de la comparativa seguridad que prevalece en aquel territorio, consideré contribuir mejor á las tendencias de la ciencia, asociándome un grupo de hombres de ciencia y estudiantes. El Profesor W. Libbey, de Princeton, N. J., tomó parte como geógrafo físico, trayendo consigo á su ayudante de laboratorio; Mr. A. M. Stephen era el arqueólogo, ayudado por Mr. R. Abbott; los Sres. C. V. Hartman y C. E. Lloyd eran los botánicos; Mr. F. Robinette, el coleccionador zoológico, y Mr. H. White, el mineralogista de la expedición.

Todas estas personas se habían provisto de cabalgaduras, mientras que los muleteros mexicanos iban generalmente en sus propias monturas. Nuestro equipo era tan completo como podía desearse, y comprendía todos los útiles é instrumentos necesarios, además de las tiendas de campaña y un adecuado surtido de provisiones, etc. Todo el equipaje tenía que transportarse á lomo de mula. Eramos, por todos, treinta personas, contando el grupo científico, los guías, los cocineros y los muleteros, y llevábamos aproximadamente un centenar de animales entre mulas, asnos y caballos, al cruzar la sierra.

Fue la nuestra una campaña de invierno, y desde Nacori, en Sonora, hasta Casas Grandes, en Chihuahua, fuimos siguiendo nuestra pista, la que hicimos con éxito. Las antigüedades eran casi tan raras como en el resto de la Sierra Madre del Norte. Encontramos, con todo, rastros de habitaciones antiguas en forma de terraplenes de piedra, que evidentemente habían servido para fines agrícolas, y en algunos lugares se veían rudas fortificaciones. En la región oriental, encontramos considerable número de cavernas, que contenían grupos de habitaciones cuyos constructores generalmente yacían en cavernas separadas. En la misma

localidad, así como en las llanuras de San Diego, Chihuahua, descubrimos numerosos cerros artificiales que cubrían grupos de casas de construcción semejante á las de las cavernas. Del fondo de ellas desenterramos como quinientas piezas de alfarería, de hermosa ornamentación.

Entre los otros resultados de la expedición, pueden mencionarse grandes colecciones de plantas, en las cuales hay 27 especies nuevas para la ciencia; 55 mamíferos, entre los que se cuenta el *sciurus Apache*, igualmente nuevo para la ciencia, y como un millar de aves. Hízose un completo registro de observaciones meteorológicas.

Hasta entonces, aunque lo relativo á los habitantes de las cavernas que sobrevivieran, no había tenido sino una respuesta negativa, el campo situado al sur de la sierra prometía tanto, que me sentía ávido de ampliar mis exploraciones en esa dirección. Sin embargo, los fondos de la expedición comenzaban á disminuir, y en abril de 1891, tuve que regresar á los Estados Unidos para reunir más dinero con que continuar un trabajo que bajo tan buenos auspicios comenzaba. Dejé mi campamento de San Diego á cargo de uno de mis ayudantes, dándole instrucciones de que prosiguiera las excavaciones durante mi ausencia. El trabajo no llegó á interrumpirse, no obstante que el número de expedicionarios se había reducido considerablemente. La ley que prohíbe las excavaciones sin permiso especial del Gobierno de México, aun no se promulgaba por entonces.

Tenía yo tan absoluta confianza por los últimos resultados de mis esfuerzos, á pesar de los motivos de desaliento, que dos veces crucé todo el Continente de Norte América, volviendo á la ciudad de México y de nuevo hacia el norte, viaje que puede calcularse en más de veinte mil millas, para ver á personas prominentes y dar lecturas con que despertar

el interés público. Finalmente, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York resolvió que se continuasen las exploraciones, y los fondos fueron en esta vez proporcionados principalmente por la munificencia de Mr. Henry Villard, ya muerto; hacia fines de ese año pude tornar á mi campamento, y en enero de 1892, llevé mi expedición más al sur. Mis ayudantes científicos eran entonces Mr. C. V. Hartman, botánico; Mr. C. H. Taylor, ingeniero civil y fotógrafo, y Mr. A. E. Meade, mineralogista y coleccionador zoológico.

En esta vez llegamos á los habitantes de las cavernas. Los indios tarahumares de la Sierra Madre, una de las tribus mexicanas menos conocidas, vivían en cavernas en una extensión tal que propiamente puede llamárseles los trogloditas americanos de hoy. Me resolví á estudiar este interesante pueblo, especialmente á los *gentiles*,\* y como no era práctico hacerlo, ni con la reducida gente que llevaba entonces, poco á poco fui desbandándola hasta quedar sin nadie, vendiendo la mayor parte de los animales y del equipo; y gracias á los infatigables esfuerzos de dos damas americanas, cuya amistad estimo en alto grado, pude continuar mis pesquisas, yo solo, hasta agosto de 1893, en que llevé mis colecciones tarahumares y tepehuanes á Chicago para exhibirlas en la Exposición Universal. Entre los resultados de dicha expedición se cuentan extensos vocabularios de las lenguas tarahumar y tepehuana, así como un vocabulario de la lengua tubar, hoy casi extinguida, aparte de varias medidas antropológicas, y ejemplares de restos de cabellos y huesos.

Las grandes ventajas que ofrece México á la etnología dieron irresistible incentivo á nuevas investigaciones, y viendo

\* He usado algunas veces la denominación de *gentiles* refiriéndome á estos tarahumares.

los resultados de mis expediciones anteriores, el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York me envió de nuevo á la que iba á ser la tercera y más extensa expedición mexicana, la cual duró de marzo de 1894 á marzo de 1897. Durante estos tres años, viajé de nuevo solo, esto es, sin ningunos ayudantes científicos, yendo al principio con dos ó tres criados mexicanos. Pronto, sin embargo, reconocí que mis mejores compañeros eran los llamados indios civilizados, y aun los indios en su estado aborígena, quienes no sólo me ayudaban con su presencia á ganarme la confianza de los hombres de su tribu, sino que también me servían para hacer en ellos mis observaciones. Como antes, me detuve durante meses con una tribu, deshaciéndome de todos mis acompañantes extranjeros y pasándomela bien que mal con los indios. De este modo empleé todo un año y medio entre los tarahumares, y diez meses entre los coras y huicholes. Al principio, los nativos me hacían persistente oposición; son muy desconfiados de los blancos, lo que no es extraño, pues poco les han dejado que perder; mas yo buscaba los medios más apropiados para presentarme y ganar poco á poco su confianza y amistad, gracias principalmente á mi habilidad en cantar sus canciones nativas, y tratándolos siempre bien.

Logré así adquirir de esos pueblos un conocimiento que no hubiera obtenido de otro modo. Cuando pasados cinco ó seis meses de tales estaciones y correrías, se me hubieron acabado mis provisiones de comestibles "civilizados," subsistí con lo que podía procurarme de los indios. La caza es difícil en México, y no puede uno atenerse á sus armas. Como en Australia, mi bebida favorita era agua caliente con miel, bebida que, á más de ser refrescante, daba cierta variedad á mi dieta monótona.

En todo el camino recogí materiales muy valiosos de los tarahumares, tepehuanes del norte y del sur, coras, huicholes y tepecanos, tribus que, con excepción de la última, habitan en la Sierra Madre del Norte.

También los obtuve de los nahuas de las faldas occidentales de la Sierra, así como de los que habitan en los Estados de Jalisco y de México; y finalmente, de los tarascos, en el Estado de Michoacán. De la mayor parte de estas tribus, poco más se sabía que sus nombres, y yo volví con grandes colecciones que dan mucha luz acerca de su estado étnico y antropológico, juntamente con extensos informes sobre sus costumbres, religión, tradiciones y mitos. Completé así mismo mi colección de vocabularios y melodías aborígenes. En mi viaje por la tierra caliente del Territorio de Tepic y los Estados de Jalisco y Michoacán, adquirí también buen número de objetos arqueológicos de gran valor é importancia histórica.

En 1898 hice mi última expedición á México, bajo los mismos auspicios, permaneciendo allí por cuatro meses. Me acompañó en este viaje el Dr. Alex. Hrdlicka. Volví á visitar á los tarahumares y huicholes para completar el material de que disponía y esclarecer algunos puntos dudosos que se me habían presentado al poner en orden mis notas. Recogí en el grafófono sesenta melodías de estas tribus.

Así pues, de 1890 á 1898, pasé, por todo, cinco años en mis investigaciones, entre los naturales del N.O. de México. Recogí mis materiales con la mira de esclarecer las relaciones que pudiera haber habido entre la antigua cultura del Valle de México y los "Pueblo Indians" del S.O. de los Estados Unidos, y dar una idea del estado étnico de los indios mexicanos en el día y en tiempo de la conquista, dando luz á ciertas fases del desarrollo de la especie humana.

Los resultados de mis expediciones en México han sido dados á conocer en las publicaciones siguientes:

- CARL LUMHOLTZ: "Explorations in Mexico," Boletín de la Sociedad Geográfica Americana, 1891.
- CARL LUMHOLTZ: Cartas á la Sociedad Geográfica Americana de Nueva York, "Mr. Carl Lumholtz in Mexico," Boletín de la Sociedad Geográfica Americana, Vol. III., 1893.
- J. A. ALLEN: "List of Mammals and Birds Collected in Northeastern Sonora and Northwestern Chihuahua, Mexico, on the Lumholtz Archæological Expedition, 1890-1892," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. V., Art. III., 1893.
- B. L. ROBINSON y M. L. FERNALD: "New Plants Collected by Mr. C. V. Hartman and M. C. E. Lloyd, upon the Archæological Expedition to Northwestern Mexico under the Direction of Dr. Carl Lumholtz," Actas de la Academia Americana de Artes y Ciencias, Vol. XXX., 1894.
- CARL LUMHOLTZ: "American Cave-Dwellers; the Tarahumares of the Sierra Madre," Boletín de la Sociedad Geográfica Americana, Vol. III., 1894.
- CARL LUMHOLTZ: "The Cave-Dwellers of the Sierra Madre," Actas del Congreso Internacional de Antropología, Chicago, 1894.
- CARL LUMHOLTZ: Cuatro artículos en el SCRIBNER'S MAGAZINE: "Explorations in the Sierra Madre," Noviembre, 1891; "Among the Tarahumares, the American Cave-Dwellers," Julio, 1894; "Tarahumare Life and Customs," Septiembre, 1894; "Tarahumare Dances and Plant Worship," Octubre, 1894.
- C. V. HARTMAN: "The Indians of Northwestern Mexico," Congreso Internacional de Americanistas, Décima Sesión, Estocolmo, 1894.
- CARL LUMHOLTZ: "Blandt Sierra Madres huleboere," Norge, Norsk Kalender, Christiania, 1895.
- CARL LUMHOLTZ y ALES HRDLICKA: "Trepining in Mexico," El Antropologista Americano, Diciembre, 1897.
- CARL LUMHOLTZ: "The Huichol Indians in Mexico," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. X., 1898.
- TARLETON H. BEAN: "Notes on Mexican Fishes Obtained by Carl Lumholtz," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. X., 1898.

CARL LUMHOLTZ Y ALES HRDLICKA: "Marked Man Bones from Prehistoric Tarasco Indian Burial-place in the State of Michoacan, Mexico," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. X., 1898.

ALES HRDLICKA: "Description of an Ancient Anomalous Skeleton from the Valley of Mexico, with Special Reference to Supernumerary Bicipital Ribs in Man," Boletín del Museo Americano de Historia Natural, Vol. XII., 1899.

CARL LUMHOLTZ: "Symbolism of the Huichol Indians," Memoria del Museo Americano de Historia Natural, Vol. III., Mayo, 1900; 228 páginas en cuarto real y tres planchas de colores.

#### EN PREPARACION:

CARL LUMHOLTZ: "Conventionalism in Designs of the Huichol Indians," Memoria del Museo Americano de Historia Natural.

El presente volumen da una sucinta relación de mis viajes y trabajos entre los remotos pueblos de la Sierra Madre del Norte y las regiones adyacentes, al sur y al oriente, hasta la ciudad de México. La mayor parte de lo que aquí narro, se refiere á una porción de la República que nunca han visitado los turistas y que es desconocida aun para la mayoría de los mexicanos. Los pueblos primitivos son cada día más raros en el globo. En el continente americano aun quedan algunos en su estado original. Si se les estudia antes de que ellos también hayan perdido su individualidad ó hayan sido arrollados por el paso de la civilización, se podrá esparcir mucha luz no sólo sobre la antiguos pobladores de dicho país, sino aun sobre los primeros capítulos de la historia de la humanidad.

En el rápido progreso actual de México, no se podrá impedir que esos pueblos primitivos pronto desaparezcan fundiéndose en la gran nación á que pertenecen. Las vastas y esplendorosas selvas vírgenes y la riqueza mineral de las

montañas no continuarán largo tiempo siendo exclusiva propiedad de mis morenos amigos; mas espero que les habré hecho el servicio de erigirles este modesto monumento, y que los hombres civilizados serán los primeros en reconocerlo.

El haber podido realizar lo que hice, débolo, en primer lugar, á la generosidad del pueblo de los Estados Unidos, á su imparcialidad é independencia de juicio, que permite á los extranjeros marchar con la primera fila de su guardia avanzada. Deseo hacer extensivo mi agradecimiento de un modo especial á la Sociedad Geográfica Americana de Nueva York, y más especialmente al Museo de Historia Natural de Nueva York, con el que había tenido la honra de estar en relaciones, más ó menos estrechas, durante diez años. Á su patriótico y animoso Presidente Mr. Morris K. Jesup, le estoy profundamente obligado. También me complazco en reconocer mi gratitud á Mr. Andrew Carnegie, quien inició mis proyectos con una suscripción de \$1.000; así como al Hon. Cecil Baring y á los Sres. Frederick A. Constable, William E. Dodge, James Douglass, Joseph W. Drexel, George J. Gould, Miss Helen Miller Gould, Archer M. Huntington, Frederick E. Hyde, D. Willis James, Coronel James K. Jones, el Duque de Loubat, Peter Marié, Henry G. Marquand, F. O. Mathiessen, Victor Morawetz, J. Pierpont Morgan, Mrs. Edwin Parsons, Mr. Archibald Rogers, F. Augustus Schermerhorn, Charles Stewart Smith, James Spayer, George W. Vanderbilt, William C. Whitney, de Nueva York; á Mr. Frederick L. Ames, Mrs. John L. Gardner, Mrs. E. Mason, Mr. Nathaniel Thayer, Mr. Samuel D. Warren, Dr. Charles G. Weld, de Boston; á Mr. Allison D. Armour y Mr. Franklin Mac Veagh, de Chicago; á Mrs. Phoebe Hearst, Mr. Frank G. Newlands, Mrs. Abby M. Parrot, Mr. F. W. Sharon, de San Francisco; á

Mr. Adolphus Busch, de St. Louis; á Mr. Theo. W. Davis, de Newport, y al finado Mr. E. L. Godkin.

Muy valiosa ayuda he recibido también de Mrs. Morris K. Jesup; Mrs. Elizabeth Hobson, de Washington, D. C.; Miss Joanna Rotch, de Milton, Mass.; Mrs. Henry Draper, de Nueva York; Mrs. Robert W. Chapin, de Lenox; el finado Mr. E. L. Godkin; el Profesor Alexander Agassiz; el profesor F. W. Putnam, conservador del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York; el Dr. S. Weir Mitchell, de Filadelfia; el profesor Franz Boas, conservador del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York; el Dr. B. L. Robinson y el Dr. M. L. Fernald, de la Universidad de Harvard; el profesor J. A. Allen y Mr. L. P. Gratacap, conservadores del Museo Americano de Historia Natural.

Estoy igualmente obligado á Mr. Marshall H. Saville, conservador del Museo Americano de Historia Natural, especialmente por haber puesto los nombres de las ruinas del sur de México en uno de los mapas; á Miss Alice Fletcher, de Washington, D. C., á Mr. Edwin S. Tracy, por haber transcrito del gramófono tres de las canciones incluídas en este libro, y á Mrs. George S. Bixby que me ayudó á transcribir la música nativa. Finalmente deseo expresar mi estimación por los infatigables servicios de mi secretario particular, la Sra. H. E. Hepner.

La primera ilustración de la página (65) es reproducción de una fotografía que me fue bondadosamente proporcionada por Mr. Frank H. Chapman, y la que aparece á páginas 145-146 del tomo primero, se tomó de una fotografía adquirida por mediación del finado Dr. P. Lamborn. Debo la ilustración que aparece á páginas 452-453 del tomo segundo á la cortesía del Sr. D. Gabriel Castaños, de Guadalajara.

Las ilustraciones de color representan los objetos tales como se ven cuando se hacen aparecer los colores por medio de la aplicación del agua.

Los mapas no aspiran á una exactitud que, dadas las circunstancias, era imposible obtener; pero confío que en algo aventajarán á los existentes.

El Dr. Ales Hrdlicka, que acaba de volver de su expedición de Hyde, me informa que, visitando la parte occidental de Sonora, encontró que se habla el ópata puro al oeste del río de Sonora y al norte de Ures, por ejemplo, en Tuape.

Donde se trate de pesos y centavos, me refiero á la moneda mexicana.

En las canciones Huicholas, II, 10 á 18, he procurado traducir las palabras nativas de modo que las versiones puedan cantarse conservando fidelidad con el original.

En las palabras nativas, la  $x$  debe pronunciarse como la letra griega  $\chi$ .